

Aun cuando se digan las palabras correctas (Jueces 17; 18)

¡Sujétese de su silla! La lectura de los últimos cinco capítulos de Jueces es como subirse a la montaña rusa. Espera usted en una larga línea, hasta que le llega el turno de acomodarse en la carreta que será su hogar durante los próximos tres minutos. Alguien lo sujeta. (Recuerde, ¡usted no estaba obligado a hacer esto!) Una repentina sacudida le anuncia que este duelo con la demencia ya ha dado inicio. El desagradable ritmo de una pesada cadena que suena al rozar el metal de los rieles, le acompaña en su lento ascenso hasta el más alto nivel del parque de diversiones. Si usted está sentado al frente, es el primero en «apreciar» la vista panorámica del condado entero. (Es decir, ¡si el pasar de su vida ante sus ojos, no le impide la visión!) La carreta en que usted viaja alcanza la cumbre y busca el descenso, todavía refrenada por la cadena que continúa sujetando las carretas de atrás.

¡Luego oye el temido chasquido! Su carreta ha sido soltada, usted redescubre la fuerza de gravedad, y experimente una caída libre directo a tierra. Los que ya están acostumbrados, lanzan sus manos hacia arriba y gritan con entusiasmo, mientras sus dedos dejan nuevas marcas en las barras de acero de las que usted está sujetándose. ¡Usted grita al sentir que el fondo de su estómago se le sale! Cuando por fin se detiene la caída, los rieles se retuercen y giran y le hacen dar vuelta hasta quedar con la cabeza para abajo—lo cual está bien, pues ¡por lo menos ya no está en caída vertical! Luego se acuerda. Toda montaña rusa que se precie de buena, debe tener una segunda caída. Como está desorientado esta vez, y se está moviendo tan rápido, esta «última caída» (Suena

ominoso, ¿verdad?) es la que le lleva al límite, y le tienta a hacerle promesas a Dios acerca de lo que hará y no hará en el futuro, si Él tan sólo lo deja salir a salvo de esta demente experiencia. Si usted ya sintió una vez la sensación de la «última caída», puede que ya esté preparado para la lectura de los últimos cinco capítulos de Jueces.

Jueces 17—21, contiene dos extrañas historias que nos llevan a la desastrosa conclusión de este libro. Las historias son extrañas, en primer lugar porque, aunque aparecen al final de Jueces, no tienen nada que ver con la cronología, y en segundo lugar, porque no conllevan opresión extranjera ni un juez que gobierne a Israel. Parecieran haberse incluido como esa «última caída» de la montaña rusa. La vorágine descendente de Israel, hasta este momento, había bajado ya a unas profundidades increíbles; pero estos capítulos la llevan más abajo todavía. Aun cuando Israel ya había sido advertido de la opresión que un rey traería a la tierra, el caos al final de Jueces fue lo suficientemente espantoso para hacer que cualquier rey pareciera bueno.¹ Si hasta ahora le ha parecido escabroso el paseo, sujétese a su silla, porque ¡va a empeorar!

EL SACERDOTE PERSONAL DE MICAÍA (17.1–13)

Micaía es un buen nombre israelita, el cual significa: «¿Quién es Yaveh?» Es un hombre del monte de Efraín que lleva ese nombre, el que se presenta al comienzo del capítulo diecisiete. Parece que él se había robado una cantidad de plata de su madre; pero se asustó hasta confesar el delito,

¹ Veá Jueces, 17.6; 18.1; 19.1; 21.25.

cuando su madre comenzó a maldecir contra el que se hubiera robado su tesoro. Ella le respondió a su arrepentido hijo ladrón, con la santurróna expresión: «Bendito seas de Jehová, hijo mío» (17.2). Tanto le agradó el hecho de haber recobrado su pérdida, que hizo voto y consagró parte del tesoro al servicio a Dios «para hacer una imagen de talla y una de fundición» (17.3). Fiel a su palabra, le pagó a un fundidor para que le hiciera un ídolo, el cual puso en la casa de su hijo Micaía. La casa de Micaía ya tenía un santuario, así que era lo más natural para él añadir otros ídolos y un efod a su pequeña capilla. (¿Se acuerda usted de Gedeón?) El hecho de poseer tal colección de parafernalia religiosa, lo hizo pensar en la necesidad de tener un sacerdote. Comenzó poniendo a uno de sus hijos a ocupar tal posición, pero se emocionó cuando surgió la oportunidad de poner a un auténtico levita para que fuera su «padre y sacerdote» (17.10). El joven levita, que después es presentado como Jonatán (18.30), se vino a vivir a la casa de Micaía, y esto hacía que éste exclamara con confianza: «Ahora sé que Jehová me prosperará, porque tengo un levita por sacerdote» (17.13).

EN BUSCA DE UN HOGAR

Cuando Israel se estableció en la Tierra de Promisión, la tribu de Dan recibió una tierra de calidad inferior. Anteriormente, el escritor de Jueces había hecho notar que «los amorreos acosaron a los hijos de Dan hasta el monte, y no los dejaron descender a los llanos» (1.34).

Frustrados por la situación en que vivían, los hijos de Dan resolvieron enviar a buscar nuevas tierras (18.1–2). Con tal propósito enviaron cinco espías a recorrer el norte, en busca de un mejor hogar. Cuando iban por su camino, al pasar por la casa de Micaía, se sorprendieron de oír la voz del sacerdote de Micaía, el levita de Benjamín. Tal vez, al reconocerlo por su «acento sureño», le preguntaron por qué estaba allí. Cuando descubrieron que era sacerdote, le pidieron que le preguntara a Dios (acuérdesse de Gedeón nuevamente), para saber si el viaje de ellos se vería coronado con éxito. Después de recibir palabra del levita, en el sentido de que Dios aprobaba la misión de ellos, emprendieron el camino nuevamente, y llegaron a Lais. El pueblo que habitaba en ella «estaba seguro, ocioso y confiado» (18.7, 10), y además estaban en paz y tenían prosperidad. ¡Los espías de Dan estaban seguros de que habían hallado un nuevo hogar!

Una vez que los espías les contaron a sus congéneres de los montes, acerca del maravilloso

valle en el que se asentaba Lais, seiscientos de ellos se armaron y salieron a la batalla. Cuando iban hacia el norte, ellos también vinieron a casa de Micaía. Se robaron su efod y su ídolo, y obligaron a Jonatán a venir con ellos como sacerdote suyo. Cuando Micaía descubrió lo que había sucedido, reunió a sus vecinos y emprendió la persecución de los ladrones de Dan. No obstante, los de Dan fueron más fuertes, y Micaía fue obligado a regresar a casa. Los de Dan continuaron hacia Lais, donde quemaron la ciudad y mataron a todos los habitantes. Luego reconstruyeron lo que habían quemado y le pusieron el nombre de Dan. El relato sobre los hijos de Dan concluye con estas palabras:

Y los hijos de Dan levantaron para sí la imagen de talla; y Jonatán hijo de Gersón, hijo de Moisés, él y sus hijos fueron sacerdotes en la tribu de Dan, hasta el día del cautiverio de la tierra. Así tuvieron levantada entre ellos la imagen de talla que Micaía había hecho, todo el tiempo que la casa de Dios estuvo en Silo (18.30–31).

¿CUÁL FUE EL PROBLEMA?

En contraste con la violencia e intriga que caracterizaron a otros relatos de Jueces, este corto episodio que involucra a Micaía, su sacerdote y los hijos de Dan, da la impresión al comienzo, de no tener mayores consecuencias —es casi inocente. Es más, si leyéramos sobre eventos parecidos en los periódicos de hoy día, es probable que ni siquiera consideraríamos interesante la información contenida en ellos. No obstante, cuando recordamos que las personas involucradas eran israelitas, el relato cobra, de repente, un cariz totalmente diferente. Una cosa es que los paganos se comporten como paganos, y otra totalmente diferente, que el pueblo escogido de Dios actúe de esa manera. Visto desde una perspectiva espiritual, esto constituye una pasmosa demostración de que, aunque Israel hablaba el discurso propio de una nación santa, en la práctica, sus vidas revelaban ¡que habían olvidado completamente a Dios!

Todos los participantes de esta historia eran israelitas. El linaje del que procedían era el correcto, la tierra donde vivían era la correcta y las palabras que hablaban eran las correctas —pero habían pervertido la esencia misma de su fe. Por ejemplo, una mujer le dio a su hijo el santo nombre de «Micaía», ¡tan sólo para actuar después de modo contrario, comprándole un ídolo a él, y violentando así el claro mandamiento de Dios, en el sentido de no hacerse ídolos (Éxodo 20.4)! Esta mentalidad es la que hace que esta misma mujer, que le había dedicado doscientos siclos de plata a Dios, ¡se rebelara descaradamente en contra de Él, dando el

dinero para que hicieran un ídolo! Luego, considere lo concerniente al sacerdote de Micaía. Éste estaba orgulloso consigo mismo, de que él todavía observaba la enseñanza de la Ley, en el sentido de que un sacerdote debía ser levita, sin embargo ¡rodeó a su sacerdote de ídolos, y lo usó para la adivinación! Todavía otro ejemplo de contradicción entre lo que hablaban y lo que practicaban en sus vidas, se ve en lo que concierne a la solicitud que le plantean los espías, en el sentido de que le preguntara a Dios para saber si Éste estaría con ellos, ¡tan sólo para regresar después a robarse los ídolos de Micaía! Lo peor fue el comportamiento de los hijos de Dan en Lais. Desde el comienzo pusieron ídolos en su nuevo hogar. La casa de Dios estaba en Silo; pero ellos erigieron una nueva casa de ídolos en la nueva ciudad de Dan, jactándose todo el tiempo de que eran pueblo de Dios. Hablaban el discurso del pacto, pero se comportaban como los paganos cananeos. Las palabras que hablaban eran todas correctas, pero las acciones que llevaban a cabo eran todas erróneas.

MENSAJES MIXTOS

Las Escrituras hablan valientemente y refieren con diáfana claridad, cuánto abomina Dios del uso de discurso santificado para tapar un estilo de vida rebelde. Una vez, Jeremías se puso de pie a la puerta del templo y pronunció el siguiente mensaje proveniente de Dios:

Oíd palabra de Jehová, todo Judá, los que entráis por estas puertas para adorar a Jehová. Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Mejorad vuestros caminos y vuestras obras, y os haré morar en este lugar. *No fiéis en palabras de mentira*, diciendo: Templo de Jehová, templo de Jehová es este. Pero si mejoraseis cumplidamente vuestros caminos y vuestras obras; si con verdad hicieréis justicia entre el hombre y su prójimo, y no oprimiereis al extranjero, al huérfano y a la viuda, ni en este lugar derramareis la sangre inocente, ni anduviereis en pos de dioses ajenos para mal vuestro, os haré morar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre. He aquí, *vosotros confiáis en palabras de mentiras, que no aprovechan* (Jeremías 7.2b-8; énfasis nuestro).

Siglos más tarde, Jesús se sentó en un monte y desde allí dio a conocer el mismo mensaje:

No todo el que me *dice*: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que *hace* la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre

hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mateo 7.21-23; énfasis nuestro).

Más adelante todavía, Pablo le envió a la iglesia que estaba en Roma, duras palabras de repreensión:

He aquí, tú tienes el sobrenombre de judío, y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios, y conoces su voluntad, e instruido por la ley apruebas lo mejor, y confías en que eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas, instructor de los indoctos, maestro de niños, que tienes en la ley la forma de la ciencia y de la verdad. Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿comes sacrilegio? Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonoras a Dios? Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros (Romanos 2.17-24).

En los tres casos anteriores, fueron condenados los involucrados, porque la impiedad de sus vidas contradecía la santidad de su discurso.

La tradición del sábado por la noche en nuestro hogar, cuando yo crecía, era mirar por televisión los espectáculos semanales de música «country» presentados por Porter Wagoner, Lester Flatt y Earl Scruggs, y los Wilburn Brothers. Un número esperado de todos los tres espectáculos, era la ejecución de una canción religiosa. A mitad de los veinticinco minutos de presentación de canciones que exaltaban la bebida y el engaño, las luces que rodeaban a la banda se atenuaban y el presentador adoptaba un semblante de gran reverencia. Luego, anunciaba lo que él llamaba «un número espiritual». Durante los siguientes pocos minutos, aquel antro de perdición televisiva se convertía en una capilla. Cuando aquella canción terminaba, no obstante, ¡se volvía nuevamente a los temas de la bebida y el engaño!

En años recientes, esta clase de mezcla de discurso espiritual y estilo de vida inicuo, ha sido más atrevidamente practicado por la cantante de música «pop» conocida como Madonna. Ésta, que casi siempre, lleva puesto un crucifijo y usa suficientes símbolos y lenguaje religioso, como para desconcertar a todo el mundo, ha construido su carrera sobre la blasfemia práctica de mezclar el lenguaje de Sion, con el estilo de vida de Sodoma y Gomorra.

El especial peligro que supone este problema es que puede florecer más fácilmente en épocas cuando más abunda el lenguaje religioso. En los

Estados Unidos de hoy día, se están vendiendo libros religiosos en cantidades nunca antes vistas. Sin embargo, la experiencia que estamos teniendo, bien puede contradecir lo que el anterior hecho sugiere que deberíamos esperar. En lo que concierne a nuestra era, el famoso escritor ruso, Alexander Soljenitsin, comentó una vez:

Si me pidieran señalar brevemente la principal característica de la totalidad del siglo veinte, en este punto también me vería incapacitado para hallar algo más preciso y sentencioso que repetir una vez más: *Los hombres han olvidado a Dios.*²

¡No puede ser! ¿Cómo puede una sociedad ser tan «religiosa», y a la vez olvidar a Dios? George MacDonald, un mentor de C.S. Lewis, creía que el predominio de lenguaje religioso, ¡podía más bien ser la causa de una creciente incredulidad! Decía: «Nada hay que debilite tanto lo divino, como la práctica habitual de no el exterior de las cosas santas».³

Esto es especialmente preocupante para mí, pues vivo en una comunidad que rodea a una universidad cristiana. Aunque creo firmemente que es el lugar más excelente que hay sobre toda la tierra, me inquieta profundamente en lo que concierne a mi persona, a mi esposa y a los hijos míos que viven aquí. Estamos rodeados de escuelas cristianas, de discurso cristiano, de estructuras cristianas, de organizaciones cristianas y de abundantes actividades cristianas. El relato de Micaía y su profeta es un continuo recuerdo de que bien podríamos perder nuestra fe y nuestras almas en esta misma atmósfera, y tal vez jamás darnos cuenta de que sucedió. ¡Podríamos olvidar a Dios, aunque nunca dejemos de hablar de Él!

OBEDIENCIA SELECTIVA

Ahora, concretemos. La tentación con la que el texto bajo estudio más poderosamente nos confronta, es con nuestra inclinación a obedecer a Dios selectivamente, lo cual no es obediencia del todo. Es como el caso de la chica universitaria que...

es muy estricta en lo que concierne a cuestiones doctrinales, pero está acostándose con su novio.
o
se cuida en gran manera de no acostarse con su novio, pero anda constantemente chismeando

² James Dobson, *Love for a Life Time (Amor para toda una vida)* (Sisters, Ore.: Multnomah, 1993), 52.

³ C.S. Lewis, George MacDonald: *An Anthology (Una antología)* (New York: MacMillan, 1947), 113.

y está llena de odio por otros y los lastima.

o
no está llena de odio, pero sencillamente no está interesada en el bienestar de otros que están perdidos o sufriendo.

o
está interesada en el bienestar de las personas; pero no les concede importancia a las cuestiones doctrinales de las Escrituras.

George Gallup llamó la atención al predominio de este problema de nuestra cultura hace algunos años, en una entrevista con la revista *Christianity Today*.⁴ Observó que solamente cuatro de cada cien estadounidenses dicen que la religión no es importante en sus vidas. También, cerca del 75 por ciento de los estadounidenses están asociados con una «iglesia», o estuvieron asociados con una «iglesia» hasta hace poco. La gran mayoría de estas personas aseguran ser seguidoras de Jesús. Lamentablemente, observaba Gallup, «en realidad no se nota mucha diferencia entre los que están asociados con alguna iglesia y los que no lo están, en lo que concierne a la mentira, a la evasión fiscal y al hurto, debido principalmente a que existe mucho de religión social [...]».⁵

Más recientemente, el conocido columnista conservador, Cal Thomas, le hacía un llamado a todos los cristianos de este país, a «andar el camino» si van a «hablar el discurso». Para que los cristianos obtengan el respeto, aunque no siempre la aprobación, de los que definen la cultura, deben primero poner en orden sus casas. Según Thomas, las encuestas han mostrado que la tasa de divorcio de los cristianos es la misma que se da entre los que no son cristianos. Hasta allí llegaron los valores familiares. Personas que dicen ser cristianas, están también haciendo que se les practiquen abortos a una tasa tan alta como —o más alta que— la de aquellos que profesan una fe diferente, o que no profesan una fe del todo.⁶

CONCLUSIÓN

El relato de Micaía nos recuerda que la fe verdadera puede morir aun mientras estemos pronunciando el nombre de Dios con nuestros labios. Pablo escribió acerca de este mismo peligro a los cristianos de Roma. Las acusadoras preguntas que les planteó a ellos, nos confrontan a nosotros

⁴ "Tracking America's Soul" («En busca del alma estadounidense»), *Christianity Today* (17 November 1989): 22–25.

⁵ *Ibid.*, 24.

⁶ Cal Thomas, "Two Kingdoms in Conflict..." («Dos reinos en conflicto...»), *The Searcy (Arkansas) Daily Citizen* (17 July 1994): 4A.

hoy día:

Romanos 2.21–23

Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio? Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios?

El pecado puede entrar en la vida de cualquier cristiano que Satanás sorprenda desprevenido. Puede suceder en un hogar «cristiano» o en una escuela «cristiana». Puede suceder mientras se escucha música «cristiana», mientras se juega en un equipo «cristiano» de «softball», e, incluso, mientras se predica desde un púlpito «cristiano». Me da escalofríos pensar en lo que puede suceder.■

©Copyright 2001, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados